

SOPHIE  
QUAI D'ORSAY, 30 DE MARZO DE 2012

Jamás lo hemos intentado, quizá por no haber coincidido durante los períodos en que ambos estuvimos sin pareja. Es una jefa de gabinete excelente. Sabe lo que quiero y cómo hacer su trabajo. Tiene mi total confianza, y hoy me he enterado de las consecuencias.

Es difícil explicar mi puesto o función. Dependo del Quai D'Orsay, del Elysée, de Matignon y de yo qué sé. Soy un “enarque”, por oposición pertenezco a la casta de “los mandarines de la sociedad burguesa”, como nos definía Jean-Pierre Chevènement en su libro publicado en 1967. No me identifico con lo que describe la obra, y me consta que su autor no dudó en recurrir a la Escuela Nacional de Administración Francesa (ENA) cuando Jospin lo nombró ministro de Interior en 1997. Tengo mis sospechas de que lo hiciera, asimismo, en sus anteriores ejercicios ministeriales. Es cierto que para entonces, el centro de formación había dejado de ser la joya de la corona; Chévenement abrió la veda y en el tiempo en que yo accedí, a mediados de los 80, aunque seguía siendo un destino privilegiado, ya no lo era tanto. Formo parte de la promoción de 1989

—“Liberté-égalité-fraternité”—, y mi pasión por los entornos del Sahara me ha servido para tener voz y cada vez menos voto en las estrategias en la región.

Las cosas no van bien. La última insurrección tuareg avanza peligrosamente en la conquista del territorio que reivindica el MLNA en el norte de Mali, y esto no es del agrado del subdirector encargado de África occidental, Laurent Bigot. Mi trabajo, según he explicado, depende de muchos amos, y la voz del último pesa demasiado en mi tarea, en tanto que debo actuar como interlocutor con los tuaregs, quienes insisten en su reivindicación de crear el nuevo Estado de Azawad. Me encuentro entre dos rocas que me aplastan, y en esas condiciones sufro el acoso del Elysée, que urge liberaciones de rehenes. Estoy “de los nervios”, como dice, con sus aires de papisa, Sophie.

El panorama era normal a mi llegada: un desayuno siempre diferente y exquisito, los recortes de las últimas declaraciones de los candidatos a la presidencia en una precampaña ya cansina, la selección de artículos del día que nos afectan, las prioridades del gobierno y de la presidencia. Lo que necesitaba conocer. Nada extraño. Pura rutina, incluidos los chismes.

—Luc ha presentado esta mañana una petición de cambio de sus vacaciones, que tenía solicitadas para la semana del 23 de abril. Tendrás que iniciar las tuyas, que habías programado para esa fecha, la próxima semana.

—¿Qué?

La expresión de mi horror no ha funcionado con la adorable Sophie. Se limita a indicarme que llevo días tomándola como muro de lamentaciones y flagelándola con mis pánicos a estallar antes del 21 de abril, porque esta precampaña destroza mis nervios. No ha sido preciso que lo vocalizara, basta con una mirada de las tuyas. Todo rigurosamente cierto, pero en esta oportunidad me había hecho mis planes.

Apenas muestra impresión alguna por mis quejas.

—Verás, eres un solterón y Luc alega el cuidado de sus hijos menores en el período de vacaciones escolares. Si bien sabemos que es un pretexto, en la reunión de esta mañana todas las miradas me indicaban que eres el único liberado de esas cargas familiares, y he considerado prudente llegar a un pacto en el que quedas como un héroe y tomas diez días de descanso en un maravilloso palacete que se ha apropiado de uno de los oasis más frondosos del Sahara. Estarás en misión y, por tanto, tienes dietas y gastos pagados... Y lo más importante, te habrás olvidado de tus neuras y tendré el placer de verte de otra forma que el alma en pena que representas.

No tolero sentirme atrapado. Llevo meses recibiendo invitaciones de Ahmed Lakkhoua para ser su huésped en el palacete del Sahara mencionado por Sophie. En todas ellas reitera su voluntad de devolverme algo que me pertenece por ser el único superviviente de la familia Sevilla, que es una rama de los Lakkhoua. El remitente es uno de nuestros agentes más activos. Por suerte, esta correspondencia me es dirigida a mi domicilio y nunca se menciona en nuestras relaciones de trabajo, hartamente complicadas ya. Me encantaría pasar diez días en un exclusivo oasis del Sahara. No obstante, el temor a una situación que me irrita es potente freno. No soporto a mi propia familia, y aún menos a unos extraños que me hubieran dejado un legado en el siglo XV.

Soy Yves de la Hay. Era de Pismo hasta que fui adoptado por el actual marido de mi madre. Mi apellido biológico fue el de los banqueros de los reyes de Francia en los siglos XIII y XIV. Poco queda de aquello, aunque los que cambiaron el apellido por Piédoüe d'Héritôt parecen conservar algún poder. No me interesa para nada el tema; no ocurre así con mi futuro anfitrión, puesto que el destinatario del legado que se dispone a entregar es un Pismo, descendiente de los Sevilla. Me siento incapaz de resolver el presente de mi familia, y carezco de interés por los trapos sucios del pasado. Una propuesta de ofrecérmelos me repugna tanto como el individuo que se obstina en el intento.

Sophie me permite tejer mis elucubraciones, y cuando lo estima conveniente retoma el diálogo.

—Ahmed es un cielo, dejará los documentos en la biblioteca de tu habitación; tendrás libertad absoluta para leerlos o no, llevártelos o no, y promete no aludir al tema a menos que se lo pidas. Lo tengo bajo control. No hace falta que te recuerde la necesidad que tenemos de nuestro interlocutor privilegiado en las negociaciones para la liberación de rehenes...

En verdad, no es necesario. Lo que sí me intriga es cuán enterada está Sophie de mi correspondencia privada, o la correspondencia que ella pudiera mantener con mi futuro anfitrión. Me sorprende que esté tan al día.

No puedo decir que las intromisiones de mi jefa de gabinete me agraden; sin embargo, por el momento han sido útiles. Ahmed Lakhoua y yo contamos con una intermediaria que, por lo que veo, ha hecho su trabajo. Siempre surgen peros. No me gusta la idea de que Sophie pudiera meter las narices en mi intimidad, y tengo la impresión de que lleva bastante haciéndolo. Incluso se ha arrogado el derecho de etiquetarme como pusilánime y profetizar que no lograré librarme de mis “neuras” mientras continúe siendo un estrecho. A Sophie la obsesiona la psicoterapia. A mí me molestan esos juegos y, en primer lugar, que tenga tan buenas relaciones con algunas de mis ex. A pesar de que la considero muy promiscua, eso no me habilita a meterme en su vida privada. Ella sigue explicando como si no notara mi malestar.

—Tienes garantizada la terapia. No te lo había comentado, pero ya he disfrutado de tu futuro huésped cuando estaba igual que tú y anuncié mi viaje al *Essalen Institute*. No he vuelto a California desde los 80, y las ocasiones en que no me interesa que se sepa dónde voy, lo uso como destino. Disponemos de poco tiempo, colega. Verás ahí la lista de rehenes preferentes con los detalles, las estimaciones de los disponibles para el rescate, y demás datos que requieres para informarte sobre el caso y dejarlo tan bien hilado como tú sabes,

antes de tu entrevista a las 11 con el gran jefe. Ya se están ocupando de tus billetes para que aterrices en El Aaiún a finales de la tarde. Debemos recurrir a un avión taxi de cara al último tramo. Con los vuelos regulares te perderías el anochecer...

—¿Por qué?

—Para que te penetres del Sahara desde tu llegada. En el aeropuerto te esperará Mohamed, un joven encantador que trabaja de guía en Travel. Ya se habrá ocupado de que tengas una entrada noble, como cliente rico de su empresa. Puedes ir tal cual estás en tu estilo de pijo hippie, que ayuda y me quita trabajo. Te pondré lo indispensable en una maleta. Obvio que tu seguridad está garantizada, y tu anfitrión muy equipado para que tengamos comunicaciones fluidas. Mohamed te llevará a la playa y esperarás que Ahmed acuda a tu encuentro. Ya te estás poniendo con esos tochos si quieres tenerlo todo claro en tu reunión con el gran jefe. Vete.

—¿Por qué El Aaiún?

No merezco la mínima respuesta que, por otra parte, es fácil de adivinar. Solo esbozo un gesto de contrariedad que a mí mismo me resulta una pataleta.

—¿Está al corriente Bigot?

—Supongo. No es asunto nuestro.

—No me valen las suposiciones.

Mejor me callo. Su mirada me recuerda lo que ambos conocemos de sobra. En estos momentos, otras políticas tienen prioridad con respecto a las del Director General para África occidental.

Lo cierto es que había sabido sacar tajo a mi solidario sacrificio, que de otro modo habría sido impuesto. Me rescata de mi desquicio y me permite adecentar una cuenta crónicamente en precario. En fin, un excelente trato que, además, me puede proveer algunos laureles.

Es, sin duda, una chica muy rápida y calculadora. No me parece fría, sino cálida. Me obliga a encontrarme con los antepasados que menciona Ahmed. Tengo que concentrarme en la preparación de

una entrevista cuyos objetivos únicos son los de conseguir un amplio margen de decisión y sólidas redes para protegerme en un abismo en el que se me antoja lanzarme en caída libre.

He aterrizado en el aeropuerto de El Aaiún sumido en un profundo sueño. Mohamed se ha ocupado de que mi despertar fuera agradable. En efecto, es discreto, ocurrente y alegre; no obstante, muestra un evidente respeto por los silencios de los otros. Así, nos hemos limitado a la cortesía habitual en una parte del trayecto a la playa. Mi mente está aún en París, y de pronto he recordado que había prometido liberar tensiones para dejar entrar el anochecer del Sahara.

Veo masas de agua lejanas que me inducen a pensar que estamos en el sitio indicado. No es así. Ante mi expresión de sorpresa, Mohamed me recuerda que los espejismos son frecuentes en la zona. Tras un silencio que se me antoja eterno, mi guía me ofrece otra información: —Le aconsejo que mantenga su mirada en ese punto; muy pronto podrá observar algo especial.

Se refiere a un trozo tranquilo de costa que está muy lejos, pero no tanto como para no divisar el vuelo de los flamencos rosados, que se funde en profunda e intensa rojez. Lástima que no podamos acercarnos sino entre barrancos, pues siento una necesidad ardiente de hacerlo.

No hemos vuelto a hablar; todavía estoy impresionado cuando llegamos a nuestro destino. Con una sonrisa de amistad, mi guía me indica que debo avanzar hacia el mar y esperar que acuda mi anfitrión, que tardará unos diez minutos. Se me había advertido que Ahmed tenía que tomar medidas de seguridad durante ese lapso.

Aún poseído por la visión de unos minutos atrás, y sin tomar conciencia de la tormenta de arena, avanzo en dirección al mar para volver a ver ese inicio de vuelo que anhelo. En su lugar, me he encontrado envuelto, paralizado y golpeado. No sé cuánto tiempo he estado atrapado por la arena, hasta ser rescatado por Ahmed. Éste, haciendo gala de hospitalidad exquisita y protectora, me levanta, en-

trega mi maleta a su criado, me inviste de la túnica de los hombres azules y me conduce a un socaire donde habían instalado una tienda para mi recepción.

A la entrada me ha pedido que me descalce y me despoje de las vestimentas preñadas de arena. Hay un vestuario dispuesto para cada uno de nosotros, y mientras él se mete en el más cercano, me invita a entrar en el mío. Allí dentro, todo está organizado para que me vista con una cómoda túnica de interior. A mi salida me ha conducido a un asiento repleto de suaves cojines. Se ha sentado frente a mí y ambos hemos sido “purificados” por doncellas portadoras de palanganas con ligeras toallas humedecidas por vapor, perfume y bálsamo. En París estas habilidades ganarían fortunas. Me siento muy limpio, ya no quedan restos de arena, de sudores, de agobios. Me apetece sumergirme en el Sahara. Ahmed me arrastra al presente. Lo tengo de pie, junto a mí. Me ofrece un trozo de sal pura y suelta unas letanías que se me han antojado interminables y de las que no he comprendido nada.

Se ha vuelto a sentar frente a mí y mientras las ninfas nos sirven té, dátiles, pastas y leche de camella, prepara una pipa de kif en un ceremonial que emula el ritual que espesa el té. Todo juega un papel y todo junto me ha inspirado la necesidad del oasis: veo el vuelo del flamenco rosa en un anochecer rojo, azul oscuro, marrón, gris. Casi me estallan las pupilas con tantos y tan intensos colores. Como la ocasión en que estaba en la playa, he sentido la mano salvadora de Ahmed.

—No, hermano. Al Sahara no se entra así. Has estado un largo período fuera; tienes que ir poco a poco para hacerle sitio. Si quieres, podemos descansar aquí o en el helicóptero que nos transportará a nuestro destino.

Mi primer deseo es dormir; pero, asimismo, siento urgencia en aclararme. ¿Por qué había decidido Ahmed que yo era el dueño de los documentos que él ofrecía? Casi sin pensar le dirijo la pregunta, y la respuesta es tan simple como puede comprobarse.

—En los documentos que me propongo entregarte apenas se alude a la primera esposa de Ángel Sevilla III, Anne Pisdóé. Se afirma que murió en las masacres parisinas de junio de 1358. Mi interés por el tema me ha llevado a la familia Pisdóé. He descubierto que Anne había huido para refugiarse en el destierro de su familia, en Normandía. Llevó con ella a su primogénito, que tomó el nombre de Jean-Pierre Pisdóé, y tú eres su descendiente directo. Los Sevilla regresaron a Sevilla. No hay pistas de ellos más allá de los relatos que me propongo entregarte, que llegan a 1492. Por una razón que intuyo, pero no sé con certeza, en 1515 alguien facilitó estos documentos a mi familia, rama primitiva de los Sevilla. Tú eres el destinatario. Tienes un asunto pendiente; hay muertes en circunstancias que evocan el asesinato. El resto es muy interesante.

Me parece no haber oído sino la palabra violencia, y ya me siento tanto en la historia como en el Sahara. Ahmed me pone la mano en el hombro.

—Somos tuaregs, hermano. Siempre hemos sido señores del desierto, aunque Ángel Sevilla I se pasara al bando cristiano y mi familia retornara al Sahara.

Guardo silencio y me dejo llevar al helicóptero que nos trasladará al oasis. Es mucho más confortable que la tienda: disponemos de esos fabulosos sillones cama de los orientales, de baño, cocina y de las ninfas para asegurar nuestro bienestar. He aceptado la pipa de kif y he anunciado mi decisión de acostarme. Mis palabras han sido órdenes y en unos segundos se me ha preparado una confortable alcoba. No puedo dormir, pero no quiero estar despierto. Mi cerebro amenaza reventar.

Me repito que no soy tuareg; no obstante, en cuanto evoco a Ahmed me da la sensación de ver rasgos míos. No soy más que un visitante del Sahara. Me duele la cabeza... Una de las ninfas entra en mi habitáculo; levanta con mucha suavidad mi cabeza y acerca a mis labios una taza con una bebida agria y amarga. Recuesta mi cabeza en la almohada y limpia mi cara sirviéndose de las toallas hu-



medecidas en vapor, bálsamos y frescos olores. Al irse, deja encendidos sutiles inciensos.

Despierto como si hubiera dormido en el paraíso de Alá. El vehículo está vacío. Al asomarme, tengo la impresión de continuar en mi sueño. Me pellizco para despertar, pero la naturaleza exuberante e impactante es una realidad que la construcción del palacete de Ahmed Lakkhoua había mimado. Al salir del vehículo me siento golpeado por un intenso sol que se extiende en espejismos. Han sido apenas unos segundos. Mi anfitrión, sin duda prevenido de que me había despertado, avanza en mi búsqueda.

—Tienes ya preparada la habitación con lo que necesitas. Si algo te falta, basta que se lo indiques a la persona que encontrarás siempre a tu puerta. He dispuesto un mueble bar con tus bebidas favoritas. Para los musulmanes es pecado tocar objetos que contengan alcohol. Dispón de tu día del modo que gustes, estaré a tu disposición cuando quieras verme. Estás en tu casa y puedes administrar tu tiempo.

Lo agradezco. Soy un solterón, como insiste Sophie, y especialmente en este momento requiero mi espacio y mi intimidad. Me sumerjo en la bañera y pongo la totalidad de los potingues que encuentro a mi alcance; obtengo olores curiosos, quizás porque he mezclado sin medida. Estoy en extremo relajado, a tal punto que sin siquiera pensarlo me he vestido con la túnica hogareña de los hombres azules, que resulta muy cómoda. No he necesitado pedir nada, puesto que tenía a mi alcance una cafetera, jarras de zumos, frutas, leche, dátiles, pastas, pipas y kif. Incluso los cigarrillos que fumo. Continúo sintiendo la presencia de Sophie; supongo que espera mi llamada, que haré tras unas buenas caladas.

—Me tenías preocupada...

—¿Por qué?

—En realidad, no; estoy al corriente de los detalles por Ahmed.

—¿Y?

—Es mi turno de preguntar. ¿Me sigues odiando a muerte por la encerrona?

—No te voy a responder ahora. No estoy seguro.

—Tienes pruebas de que Ahmed no te acosará. Te propone un juego: si quieres juegas; en caso contrario, pasarás unas vacaciones de película.

—Me estáis tratando como si fuera un “tarao”.

—No sé por qué me dices eso; me has repetido hasta la saciedad que no querías lo que desea darte ni tratar temas familiares. Supongo que lo tienes ante tus narices. ¿Lo vas a leer?

A la primera ojeada descubro que, en efecto, lo tengo delante. Son tres tomos enormes.

—Diez días no me serían suficientes, y te aseguro que no hallo una motivación.

—¡Qué poco eres, colega! ¿Nunca te ha gustado la novela negra? Pues ahí me parece que tienes charcos de sangre e intrigas como para escribir una... ¿Sabías que tampoco careces de material en tu rama? Tu antepasada, Anne de Pisdóe, traicionó a la familia de su esposo y robó a tu antepasado, primogénito de Ángel Sevilla III.

—Emulas al Antiguo Testamento, querida. Lo peor es que quieres hacer de mí un redentor. No creo que tú ni yo necesitemos bañarnos en ríos de sangre. Estamos en medio de ellos, aunque no nos consideremos salpicados. No veo interés en transformarme en Yves Sevilla, el único descendiente encontrado de la familia, y recibir un legado que no quiero. Me basta con mi madre y su marido.

—¡Cuenta, cuenta! ¡Esto empieza a ponerse interesante! —de pronto calla y cambia de tono: —¿Por qué has esperado tanto para contármelo?

—Porque tú tampoco habías contado lo tuyo con tu familia... ¿Qué hay que decir?

—Si el que presentabas como tu padre no lo es, había una verdad que querías ocultar. ¿Por qué lo hacías conmigo? Yo te cuento cada uno de mis rollos...

Y la interrumpo saltando como un resorte: —“...amorosos y de aventuras. Jamás me has presentado a tu padre, por más que no lo

fuera”. ¿O pretendes que, en lugar de hablarte de mí, te hable de mi familia? Esa no es mi intención, el único rasgo de ellos que he recibido es ser un “enarque”, la joya de la administración francesa...

Sophie me impide proseguir.

—¿Por qué lo presentas como tu padre?

Me he sorprendido a mí mismo.

—Para ocultar miserias que me gustaría olvidar. No quiero hablar de mi familia; para mí, en la práctica, no existe. Nos contentamos con los ritos convencionales. No hay otra cosa que indiferencia, porque no compartimos casi nada. Eso es lo máximo que hubiera podido contarte. Mi madre y su marido son cada vez más ricos y poderosos; yo recurro a tus astucias para blanquear periódicamente mi cuenta. Para mi santa madre, soy un desastre y me paso la vida pagando intereses. Cada cual sus intereses. ¿Te divertiría esta historia?

—Sabes a la perfección que preferiría que me contaras qué pasó con tu padre.

—Es un pobre tipo. Anda perdido por el mundo tras haber sido destrozado y despojado por mi madre. Ella siempre dice que terminaré igual que él. En cierta manera mi padre vive mejor que yo, pero también de los créditos cuyos intereses tiene que pagar.

—Vale de lloriqueos, quiero algo más concreto.

—Mi madre se casó con una familia y unos negocios concretos, y después del uso tiró a mi padre y contrajo nuevas nupcias con el heredero de una familia aún más rica y poderosa...

—No tienen más hijos que tú. Te puede tocar un buen pellizco cuando casquen.

Me ha parecido de mal gusto y no tengo la menor intención de dejarme llevar por esas derivas. Prefería parar la comunicación aquí. No tenemos razón alguna para continuar la charla, pero ninguno quiere ser el primero en colgar.

—No has respondido a mi pregunta.

—No la recuerdo.

—Si me seguías odiando por mandarte...

—No sé qué contestar.

—¿Te arrepientes de haber ido?

—No.

La respuesta arrebatada me ha sorprendido a mí mismo. Es un chollo. Tengo al alcance un esplendor de oasis, rebaños, aves, incluidos los flamencos rosas, frutas y verduras frescas, piscinas, paseos... Soy tratado de modo estupendo por la ninfa de turno que está a la entrada de mi puerta, y si bien no estoy motivado para leer los manuscritos, sí me gustaría tener un encuentro con el anfitrión.

Sophie respeta mi concentración como si la interpretara, y facilita la despedida.

—Te dejo con tus fantasmas. ¿Por qué no cenas esta noche con Ahmed? A él le gustaría que lo hicieras.